

Dos nuevos cuadros en el Museo Arqueológico de Burgos

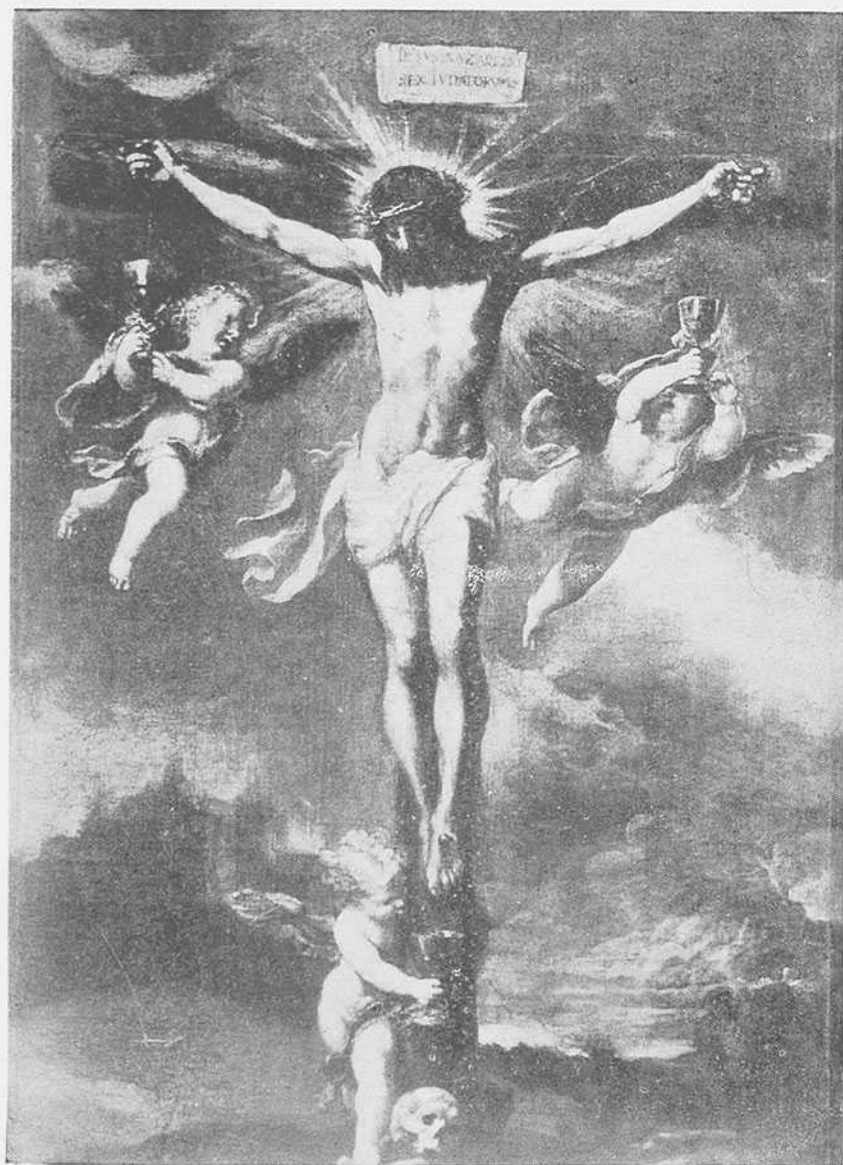
Por Orden ministerial de 10 de julio del año en curso el Ministerio de Educación Nacional, ha adquirido, para el Museo Provincial de Burgos, dos valiosos cuadros. Se trata de una Purísima del pintor andaluz Palomino y de un Cristo muerto en la cruz, atribuido al pintor burgalés Mateo Cerezo. Proceden del convento de Padres Carmelitas Descalzos de nuestra capital, sin que se sepa su procedencia primitiva.

El lienzo de la Inmaculada mide 2,60 m. de alto y 1,60 m. de ancho. Su estado de conservación es bueno. Está firmado por Palomino y fechado en 1721.

Acisclo Antonio Palomino y de Velasco nació en Bujalance (Córdoba), en los últimos días de noviembre de 1655, ya que fué bautizado el 1.º de diciembre de este mismo año, según se ve en el libro de bautismos de la parroquia del citado pueblo cordobés. Siendo joven pasó a Córdoba a cursar sus estudios en el seminario, ordenándose de menores. Desde joven sintió predilección por la pintura, habiendo sido su maestro Valdés Leal. En el año 1678 ya se hallaba en Madrid, y por mediación de Claudio Coello entró en el Alcázar a decorar alguna de sus galerías. Gustaron sus pinturas, y en 1688 fué nombrado pintor de Cámara. Poco antes de morir, al enviudar, se ordenó de mayores. Su muerte acaeció en Madrid, el 12 de agosto de 1726 (1).

A Palomino no se le puede considerar como astro de primera magnitud, ni como a un gran maestro, pero sí puede entrar de lleno en el grupo de los *maestros menores* o de segunda fila.

(1) Para más detalles de su vida: «En el centenario de Palomino», por J. A. Gaya Nuño. - Rev. GOYA, núm. 5, pág. 265. - Y en su «Historia del Arte Hispánico», del Marqués de Lozoya, tomo IV, pág. 366.



Cristo atribuido al pintor burgalés Mateo Cerezo



Purísima, de Palomino (1721)

Lo vamos a considerar bajo tres aspectos: como publicista del arte pictórico, como pintor de frescos y como pintor de lienzos. Bajo el primer aspecto escribió un erudito y pintoresco tratado titulado: «Museo Pictórico y Escala Óptica», una de cuyas partes es el «Parnaso español pintoresco y laureado», cuyo barroco título encubre un interesantísimo repertorio de biografías de artistas españoles, pudiéndosele considerar por este trabajo como el *Vasari español*. Esta parte está cuajada de rica palabrería y de grajeo andaluz. Como pintor de frescos, Palomino es una de las figuras cumbres de nuestro barroco. De verdadera maravilla puede considerarse la inmensa y pululante decoración que asoma por doquier. Díganlo si nó el techo de la valenciana iglesia de San Juan del Mercado, las bóvedas de la Cartuja de Granada y de El Paular, el medio punto en el *Triunfo de la Iglesia*, en San Esteban, de Salamanca; las pinturas del Hospital del Buen Suceso y el oratorio del Ayuntamiento de Madrid, hoy despacho del Alcalde; la capilla de la Virgen de los Desamparados, de Valencia, etc. Sus profundos conocimientos teológicos y filosóficos, su gran formación humanista, la perspectiva, la perfección de su dibujo, la inventiva para agrupar sus figuras y la combinación de colores: azules, verdes, rojos y dorados, van a jugar un papel importante en la pintura al fresco. Lo cierto es que el resultado no pudo ser más espléndido en la complicada iconografía de su magna obra pictórica.

Aunque sin olvidar que Palomino fué ante todo pintor de frescos, sin embargo posee varios lienzos, siendo dignos de figurar la Inmaculada del Museo del Prado, San Juan Bautista con el cordero en el Museo de Zaragoza, San Bernardo en el de Mahón, la Epifanía en el Colegio de Santa Isabel, el Sueño de San José en la iglesia de San Jerónimo el Real, la Venida del Espíritu Santo en el Hospital Clínico, el Nacimiento en el Consejo de Estado, la Sagrada Familia en San Pedro el Real, San José en Alcalá de Henares, otro Nacimiento en Alcocer (Guadalajara), la Virgen del Rosario en Jerez de la Frontera, la confesión de San Pedro en la catedral de Valencia, etc. En el retablo mayor de la catedral de Córdoba figuran varios lienzos de este autor, así como en la capilla del Cardenal de dicha catedral, y otros varios en distintas ciudades.

Palomino tuvo la desgracia de vivir a caballo entre dos siglos, entre dos tendencias; conoce las postrimerías del barroco y el rococó francés. Conoce a Valdés Leal, a Luca Giordano y a Corrado Giaquinto. Con esto queremos decir que se preocupa de la escenografía, de los accesorios ornamentales, de los vuelos y ondulación de los ropajes, aunque huye, en general, de las exageraciones en que caían otros pintores de su época. Supo colocar a la perfección la complicada iconografía, siempre acompañada de alegorías, símbolos y emblemas, resultando conjuntos cuajados de gracia y

elegancia. Plasma los valores religiosos y espirituales psicológica y realísticamente; y partiendo de observaciones de la realidad, crea formas de gran riqueza y penetración, inculcando a sus figuras un éxtasis de fervor que se funde en el todo. Imitando a Murillo, logra captar visiones celestes con un auténtico flotar de figuras de acuerdo con los caracteres de la naturaleza.

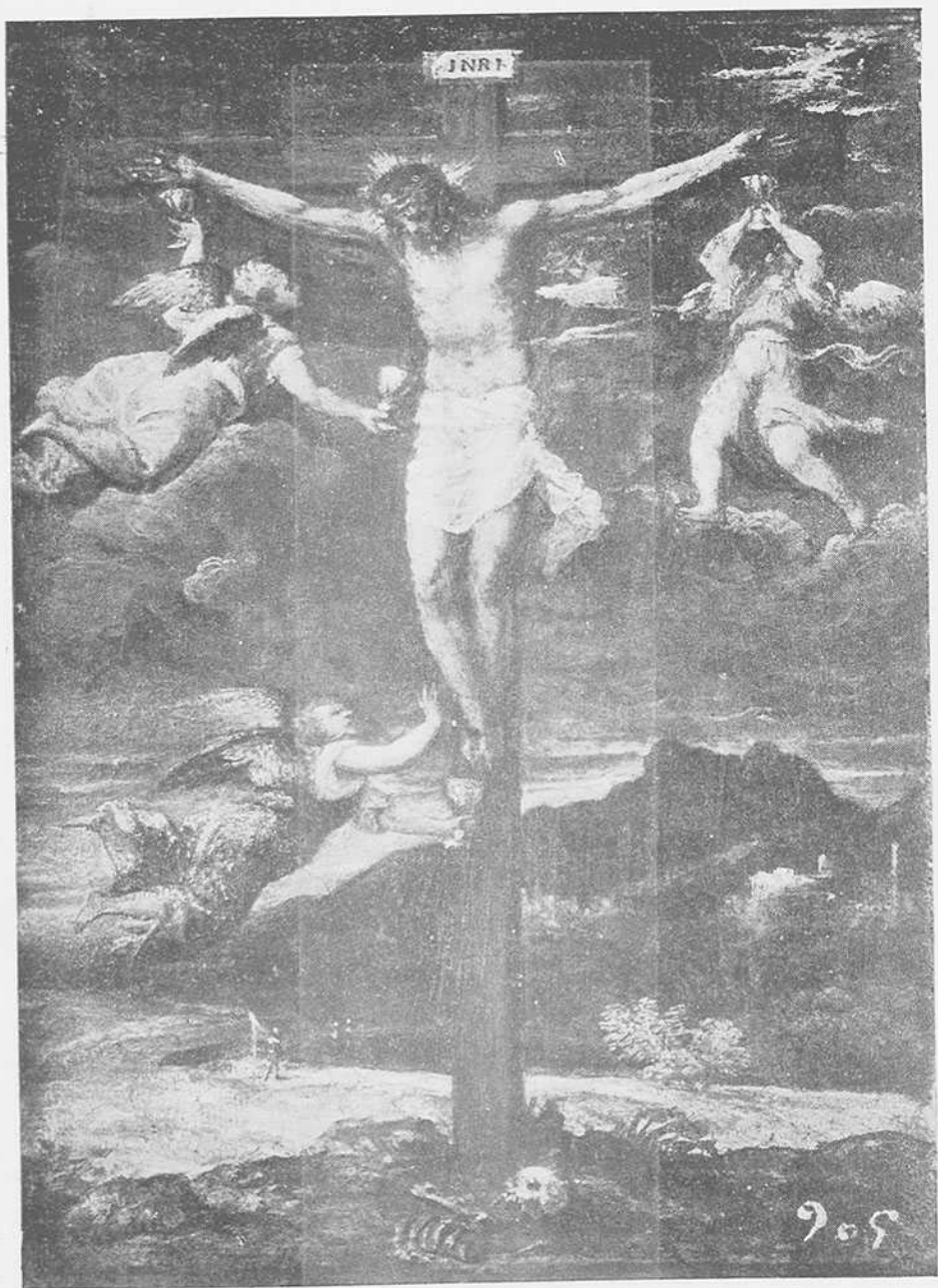
Para juzgarle no debe olvidarse su época, ya de decadencia. De todos modos, Palomino es uno de los pintores notables de su tiempo.

El cuadro que acaba de ingresar en el Museo representa al *Padre Eterno en el momento de crear a la Virgen Inmaculada*. El Creador aparece en la parte superior del cuadro, a la izquierda, sobre nubes, envuelto en amplio y volador ropaje, con la mano derecha en ademán de bendecir y empuñando con la izquierda vistoso cetro; el colorido de la túnica es azul ceniza y el amplio manto de color vinoso. Debajo de las nubes figura un ángel con filacteria verde. El centro del cuadro lo ocupa la Virgen saliendo inmaculada de las manos del Creador. Es de cuerpo entero y de tamaño algo menor que el natural, ligeramente inclinada hacia su derecha, con las manos juntas y sosteniendo el manto; descansa sobre el globo terráqueo rodeado de la luna. A uno de sus lados acecha el monstruo infernal en forma de dragón. En la parte inferior del cuadro se ve un hermoso paisaje terrestre y marino. Rodeando a la Purísima aparecen unos angelitos portando alegorías y símbolos de la Inmaculada, y en la parte superior el Espíritu Santo en forma de paloma. La túnica de la Virgen es blanca y el manto azul celeste intenso. En la parte inferior, como hemos dicho, lleva la firma de Palomino y la fecha, 1721.

Este cuadro cautiva por la gran belleza, unción religiosa, perfección del dibujo, luminosidad y colocación correcta y armoniosa de las figuras. Quizá sea algo dulzón, desvaído, blando y diluido en el colorido. Pero no olvidemos que Palomino fué ante todo pintor de frescos, y esta técnica se deja entrever en el cuadro. En él se observan influencias de Murillo y de Alonso Cano (Foto n.º 1).

El segundo de los cuadros adquiridos por el Ministerio de Educación Nacional es un Cristo muerto en la cruz. Es de lamentar que no esté firmado, pues en este caso se vería acrecentado su mérito. No cabe duda que es un magnífico lienzo del siglo XVII, a juzgar por las características. Los técnicos lo vienen atribuyendo a Mateo Cerezo. Mide 1,35 m. de alto por 1,05 m. de ancho y su estado de conservación es excelente.

En el archivo de la catedral de Butgos existe un documento en el que se dice que Cerezo pintó cinco cristos. ¿No sería éste uno de ellos? El único conocido de este autor es el que se exhibe hoy en la capilla del Condestable de nuestra sin par catedral; magistral Cristo en la cruz pronunciando las siete palabras.



Cristo de Tiziano, hijo, que se conserva en El Escorial

Mateo Cerezo nació en Burgos en el año 1626, y fué hijo de un mal pintor llamado como él. A los 15 años se trasladó a Madrid, donde entró en los talleres de Carreño, y fué tal su aprovechamiento, que se le puede considerar como el discípulo predilecto de tan notable maestro, de quien asimiló totalmente sus enseñanzas, en especial los efectos lumínicos y la tonalidad del colorido. Aunque murió muy joven, en el año 1666, dejó acreditada su valía en lienzos muy bellos.

Su pintura está relacionada con los pintores venecianos, siendo características principales la nobleza y la distinción, así como el esplendor y la armonía del colorido. Cuadros conocidos son sus *Magdalenas*, la Asunción del Museo del Prado, el Cristo de la catedral de Burgos, el San Juan Bautista del Museo de Cassel, el Desposorio de Santa Catalina de la catedral de Palencia, Cristo con los discípulos de Emaús, el Ecce-Homo del Museo de Budapest, la Visión de San Agustín del Museo del Prado, etc. En realidad se trata de uno de los más insignes pintores españoles de nuestro gran siglo de oro, y sus cuadros alcanzaron una plenitud de belleza que en muy pocos de sus contemporáneos se puede apreciar; es uno de los grandes coloristas de la escuela española. Cerezo es amigo de los tonos cálidos, suavemente dorados que destacan sobre el azul del cielo.

En este cuadro aparece Cristo muerto en la cruz, con la cabeza coronada de espinas y ligeramente inclinada hacia su derecha; ostenta larga cabellera y barba muy poblada, dejándose ver muy poco de su divino rostro, que, por cierto, respira gran dulzura y resignación; los ojos los tiene cerrados y la anatomía del cuerpo es francamente soberbia. Tres angelitos portando sendos cálices recogen la sangre vertida de las manos y de los pies del Divino Crucificado. Los dos primeros, en ritmo maravilloso, parecen mantenerse en vuelo, y el tercero, en pie, apoyándose en la tierra, recoge con el mayor respeto, gota a gota, la sangre que brota de las llagas de los pies. La rubia cabecita de este ángel es todo un estudio. Al pie de la cruz se ve la calavera y una tibia. Debemos hacer observar la diferencia que existe entre el colorido de la carne del Crucificado, ya cadáver, y el de los cuerpecitos de los ángeles, sonrosados y pletóricos de vida.

Si interesantes son las figuras de Cristo y de los angelitos, no menos importantes son la composición y el colorido. El Cristo ocupa el centro del cuadro y al fondo aparece el paisaje. A la izquierda se divisa sobre una colina un edificio en penumbra, estilo Felipe IV, y a la derecha un valle surcado por un río, tras el cual se divisa un montículo. Este paisaje guarda cierta analogía con el del Cristo de la catedral, de este autor.

El colorido del cuadro es bastante tenebroso, relacionado con el misterio del Gólgota, destacando de vez en cuando el azul intenso o añil del

cielo y los rayos de luz de un dorado tostado, colores estos muy característicos del pintor burgalés (Foto n.º 2).

D. Francisco Iñiguez, Comisario General del Patrimonio Artístico Nacional, nos entregó, para cotejar, la fotografía de una diminuta tabla de Tiziano hijo y que se conserva en las habitaciones de Felipe II del Escorial. Se sabe que es del hijo del famoso pintor por un documento que se guarda en el mismo monasterio. Esta tabla, aunque figure como del hijo, es probablemente del padre, ya que impulsado por el amor paterno y para darle fama le haría pasar como a tal. En ella se ve de una manera muy palpable que Cerezo conoció esta tabla y en ella se inspiró para pintar el magnífico cuadro que estamos estudiando, aunque es de justicia aclarar que no la copió; varió la posición de los angelitos y la estructura del paisaje (2) (Foto número 3).

En este cuadro las figuras recuerdan a van Dyck y el colorido a Tiziano en su última época, así como a Veronés. No obstante predomina en todo él una nota completamente personal.

No ha llegado hasta nosotros ni un solo ejemplar auténtico de sus *Concepciones*, tan populares, ni de sus cuadros de género y de época, tan solicitados. Desgraciadamente son muy pocas las obras que con seguridad pueden atribuirse a la mano del maestro. Esto es lo que nos está ocurriendo con este maravilloso Cristo. Sin embargo se observan en este lienzo características tan suyas que no sería gran desacierto atribuírselo. En este cuadro Mateo Cerezo, dado el caso que sea su autor, alcanza niveles muy elevados de su genialidad, ya que su radiante belleza acredita que es mucho lo que hay en él de la concepción y aún de la técnica del gran maestro burgalés. Serenidad sobrehumana, aceptación silente de la misión redentora, sencilla dignidad en la actitud, son signos de una profundidad emocional y representativa que el pintor extrae de su cristiano espíritu y de su sensible corazón.

BASILIO OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN

(2) Estos datos han sido proporcionados por el Sr. Iñiguez, a quien de todo corazón se lo agradecemos.